

## Nota del autor

En el año 2005, después de sufrir en primera persona la opresión de los celos, puse punto final a mi última aventura amorosa. Recuerdo que, durante un tiempo, una pregunta retumbó en mi interior: ¿cómo había llegado a enamorarme de alguien así? Por aquél entonces ignoraba mucho de lo escrito en este libro y desconocía por completo el significado de una frase que me impactó...

**“Si lo que ves te conviene, desconfía de los que ves”.**

Tengo que reconocer que al principio no supe (o no quise) exprimir su significado al máximo, pero pronto empecé a asociarlo con todo lo que hasta ese momento me había pasado en el ámbito de la pareja. Me di cuenta de que cada vez que conectaba sentimentalmente con alguien creía que era el amor de mi vida (**si lo que ves te conviene...**), para al final, terminar llorando como si me hubiesen dejado de querer (**desconfía de lo que ves**).

Cansado de tropezar en la misma piedra (relaciones sin futuro), me propuse un reto. Era evidente que, si había tropezado varias veces en ella, o yo estaba ciego y por eso no la veía, o la piedra estaba oculta a mis ojos, y de igual manera, no la veía. Me propuse descubrir que era lo que fallaba y donde estaba el error, para así, arrojar algo de luz con la que poder ver la dichosa piedra.

Así empezó una búsqueda que ha durado varios años, y con el tiempo, sin saberlo ni pretenderlo (por lo menos al principio), me asombré al darme cuenta de lo mucho que esta indagación me ha cambiado la vida. Por un lado, descubrí lo gratificante y

satisfactorio que puede resultar leerse un buen libro, sobre todo teniendo en cuenta que yo era de esos que pensaban que leer era de tontos... ¡qué equivocado estaba! Y, por otro lado, empujado por la necesidad de anotar las ideas que me surgían conforme avanzaba en mi búsqueda, descubrí los placeres de la escritura y el gustazo de saber, ¡ahora sí!, que escribir es lo que más satisfacción me produce...

Una *mijilla* más que leer.

Un *poquito* más que escuchar música.

Un *pedazo* más que ver una película.

Un *cacho* más que ver televisión.

Una *harta* más que andar pendiente de vidas ajenas.

Una *pecha* más que escuchar a los que se llenan la boca de odio y venganza.

Y hablando en andaluz, un *buevo* más que salir.

Cuando di por concluida mi búsqueda (esto no significa que lo haya descubierto todo, sólo que me cansé de buscar siempre lo mismo), apareció ante mí un nuevo desafío; escribir una historia en la que poder recoger todo lo que en mi búsqueda había encontrado. Y digo desafío, porque no sólo tenía que inventarme una historia y darle forma, cosa que no había intentado nunca allende parecerme algo imposible cuando empecé, además tenía que solaparla con los escritos que durante varios años había acumulado.

En aquel momento me di cuenta de los dos grandes obstáculos que me frenaban; mi fatídica ortografía y mi corto vocabulario. Por un lado, tenía muchas faltas al escribir, y, por otro lado, necesitaba un buen repertorio de palabras con las que poder plasmar y señalar con precisión sentimientos y emociones humanas respecto a las

relaciones de pareja, que son el eje central alrededor del cual gira este libro. Si quería escribirlo de la mejor forma posible, además de inventar una historia, darle forma y solaparla con mis escritos, debía mejorar mi ortografía y manejar con soltura un buen abanico de palabras.

Teniendo en cuenta que siempre fui “una bala perdida”, que nunca quise estudiar por más que mis padres insistieron, y que salí del instituto en primer curso para trabajar, fue una sorpresa verme en una librería comprando un libro de gramática, de ortografía, el diccionario de la Real Academia Española, de sinónimos y antónimos y un diccionario etimológico. Me puse manos a la obra, y hoy, escribo estas líneas con la satisfacción del deber cumplido, de haberlo conseguido, de ver realizado uno de mis sueños; escribir un libro.